



Autor: **Boccardi, Facundo Gustavo**

Artículo de revista

Acerca de los contornos de la discursividad. Una (re)lectura semiótica de La Arqueología del saber

Año: 2013

Boccardi, F. G. (2013). Acerca de los contornos de la discursividad. Una (re)lectura semiótica de La Arqueología del saber. *Estudios Semióticos*, 9(1), 80-89. Repositorio Digital Institucional Universidad Provincial de Córdoba. <https://repositorio.upc.edu.ar/handle/123456789/535>



Acerca de los contornos de la discursividad. Una (re)lectura semiótica de *La Arqueología del saber*

Facundo Boccardi*

Resumo: El presente artículo lleva a cabo un retorno a *La arqueología del saber* (1970) de Michel Foucault para indagar un problema aún vigente en el campo de estudios semióticos: los límites del discurso. Para ello, se utilizan como herramientas teóricas los aportes de la potente lectura en clave post-estructuralista desplegada por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista* (1987). De esta manera, se examinan los argumentos semióticos con los que estos autores sostienen su teoría mediante una operación de lectura específica y pormenorizada del texto foucaultiano. Los componentes de *La arqueología del saber* que actualmente forman parte de la tradición semiótica son analizados en el detalle de su formulación inicial con el objetivo de reconstruir las operaciones de delimitación de lo discursivo ejecutadas por Foucault y mesurar sus efectos en la teorización del discurso. En este análisis, los términos que constituyen el llamado “método arqueológico”, aunque cobran relevancia en su dimensión formal, no son abstraídos radicalmente del funcionamiento en el planteo foucaultiano. Desde este lugar, la revisión de la lectura propuesta por Ernesto Laclau y Chantal Mouffe habilita una serie de interrogantes productivos para el campo semiótico que traen a un primer plano las estrategias analíticas que permiten soslayar las posiciones deterministas en el campo de las teorías de la discursividad. En consecuencia, este retorno a uno de los textos fundacionales de Foucault pretende avanzar en la comprensión de un problema complejo evitando los reduccionismos y las clausuras de sentido.

Palavras-chave: discurso, no-discurso, formación discursiva, exterior constitutivo

Introducción

El problema de los límites del discurso es actualmente uno de los problemas cruciales de las reflexiones situadas en el campo de las ciencias sociales y humanas. Un ejemplo notorio, lo constituye la persistente polémica estructurada en torno a la obra de Judith Butler (Butler, 2001; 2002). Casi dos décadas de disputas trazan un paisaje heterogéneo nutrido tanto del vocabulario materialista clásico (Cfr. Benhabib, 1995; Amorós, 2000) como de las más próximas formulaciones deleuzianas (Cfr. Grosz, 1995; Braidotti, 2005; Nigianni y Storr, 2009). La unidad del paisaje está dada por el problema del límite de la discursividad que sostiene, en sus distintas enunciaciones, las más variopintas acusaciones. Consideramos que esta radicalidad pone en evidencia la solidez de un nudo problemático cuya especificidad el campo de la semiótica no puede pasar por alto. Desde esta filiación disciplinar, abordarlo implica necesariamente retornar al momento teórico en el que ha adquirido su relieve. Las coordenadas iniciales nos llevan a Francia, varias décadas atrás, y a

una obra puntual: *La arqueología del saber* publicada en 1969 por Michel Foucault.

Se trata de un texto complejo que establece una relación problemática con el campo de los estudios del discurso. En primer lugar, es necesario aclarar que aunque no establece ninguna filiación explícita ni con los estudios semióticos ni con el análisis de los discursos, sus efectos en estos últimos son prácticamente inmediatos. Durante el mismo año de su publicación, Michel Pêcheux (1969) realiza una significativa operación de incorporación de vocabulario arqueológico foucaultiano en la flamante *Escuela francesa de análisis del discurso*. En ese espacio disciplinar incipiente, muchas veces los conceptos foucaultianos ingresan en un marco referencial que expresa los postulados que *La arqueología del saber* pretendía refutar. Sin embargo, es la misma persistencia de estos conceptos en esta disciplina dedicada al discurso la que hace posible, a lo largo de la década subsiguiente, un cuestionamiento profundo de los supuestos marxistas y estructuralistas de su propuesta inicial. La controversia teórica acerca

* Programa de Estudios de Género – Centro De Estudios Avanzados (CEA) – Universidad Nacional de Córdoba (UNC) CONICET/Argentina. Endereço para correspondência: (facundoccardi@gmail.com).

de las totalizaciones, las causalidades deterministas y la exterioridad autónoma y estable encuentran en *La arqueología del saber* sus referencias obligatorias y habilita un espacio de indagación para la semiótica que se extiende hasta nuestros días. No pretendemos realizar una historia de la recepción de esta obra en el campo del estudio de los discursos, pero consideramos necesario reconocer que *La arqueología del saber* condensa una serie de desplazamientos inherentes a la concepción de la discursividad que continúan siendo nucleares en perspectivas semióticas y sociosemióticas contemporáneas.¹

La arqueología del saber es una obra marcadamente autorreferencial que, en principio, tiene como objeto responder a las exigencias de esclarecimiento metodológico producidas por los libros precedentes del propio Michel Foucault. A pesar de tales pretensiones, no reconocemos en su textualidad lo podría calificarse como una obra clara. Si bien no conserva el estilo barroco de *Las palabras y las cosas*, se ubica lejos del laconismo riguroso de las obras metodológicas. Es una obra densa y de una complejidad inextricable. Formula y articula un conjunto de categorías originales que son repetidas a lo largo de toda la obra en un proceso de definición heterogéneo que, por momentos, cae (o parece caer) en contradicciones. A la hora de explicitar los argumentos, se demora con detalles en la vía negativa y retarda las afirmaciones. No obstante, *La arqueología del saber* ha provisto de categorías de análisis a numerosas investigaciones del campo de las teorías de los discursos sociales. Un vasto abanico de indagaciones ha sido abierto por las proposiciones de esta obra.

En este trabajo, sin embargo, no nos detendremos exclusivamente en los pormenores de la pregnancia de esta indagación foucaultiana que la tradición ha nominado como “método arqueológico”. Nos interesa, mas bien, recorrer problemas irresueltos, puntos opacos de la obra que han dado lugar a disímiles elucubraciones. Para ello, hemos elegido partir desde la lectura que proponen Laclau & Mouffe en *Hegemonía y estrategia socialista*² con el objeto de reconstruir y examinar las apropiaciones y la delimitación de los problemas de *La arqueología del saber* que llevan a cabo. La lectura

que proponen Laclau & Mouffe³ no se contenta con identificar problemas, sino que los aprovecha para proponer una teoría de los discursos que los “supere”. Consideramos que este movimiento de *Hegemonía y estrategia socialista* merece ser estudiado, ya que volver a pensar el método arqueológico de Foucault con esta mirada sesgada contribuye a replantear problemas que atraviesan constitutivamente el campo de la semiótica.

1. Foucaultianos: el discurso y sus condiciones

Tomamos como punto de partida de nuestro recorrido uno de los términos que más controversias ha ocasionado en el campo de las ciencias sociales y humanas durante las últimas cuatro décadas: el discurso. La noción de discurso que proponen Laclau & Mouffe retoma elementos de tradiciones heterogéneas — estructuralismo, postestructuralismo, filosofía del lenguaje, psicoanálisis — con el objeto de consolidar una respuesta a las acusaciones de idealismo que recaían sobre las perspectivas discursivas y proponer un dispositivo de indagación: el análisis político del discurso. El postulado central sostiene que todos los objetos y acciones están dotados de sentido y que tal sentido ha sido conferido históricamente por sistemas específicos de reglas. Siguiendo en este punto a Michel Foucault (1970), el discurso no es entendido como un conjunto de textos o de signos sino como prácticas que forman sistemáticamente los objetos sobre los que hablan.⁴

Más adelante ahondaremos en la concepción del discurso como práctica formativa, ahora nos interesa detenernos en el acento que coloca Foucault sobre las reglas y las condiciones que gobiernan el discurso.

En *La arqueología del saber*, Foucault produce un giro en el campo del análisis del discurso que va desde las indagaciones de las operaciones de construcción de sentido en enunciados concretos particulares hacia sus condiciones discursivas de posibilidad. De este modo, Foucault afirma que el discurso “(...) está constituido por un número limitado de enunciados para los cuales puede definirse un conjunto de condiciones de existencia.” (Foucault, 1970, p. 193). Con esta definición, se desplaza la mirada hacia las “reglas” que constituyen tales condiciones y que regulan lo que pu-

¹A modo de ejemplo, en el campo de los estudios semióticos argentinos, los efectos de *La arqueología del saber* son explícitamente reconocidos en cuatro tradiciones de investigación. Por un lado, en la apropiación metodológica de una batería de conceptos realizada por Margariños de Morentin (2008) en su propuesta semiótica. Por otro lado, en la propuesta coordinada por Elvira Arnoux (2006) inscrita en la tradición del análisis del discurso fuertemente deudora de la *Escuela francesa*. Finalmente, tanto en las articulaciones sociosemióticas heredadas de Marc Angenot (1989), como en las indagaciones que prosiguen la fructífera línea desarrollada por Eliseo Verón (1998), se reconoce la impronta foucaultiana en el abordaje de la heterogeneidad discursiva sostenido por una concepción del discurso como un emergente de sistemas de relaciones complejas.

²Publicado en Londres en 1985.

³Podríamos decir que *Hegemonía y estrategia socialista* es el momento más foucaultiano de Laclau & Mouffe. En las obras siguientes, las referencias a Foucault se diluyen progresivamente hasta casi extinguirse.

⁴En *La arqueología del saber*, Foucault escribe programáticamente su concepción del discurso en lo que será uno de los fragmentos más citados en el campo de las investigaciones discursivas: “Tarea que consiste en no tratar -en dejar de tratar- los discursos como conjuntos de signos (de elementos significantes que envían a contenidos o a representaciones), sino como prácticas que forman sistemáticamente los objetos de que hablan.” (Foucault, 1970, p. 81)

ede ser dicho, el modo en que puede ser dicho, quiénes pueden decirlo y qué estrategias pueden tener lugar.

La tesis que se puede evidenciar en *La arqueología del saber*, y que guiará la perspectiva de Laclau & Mouffe, sostiene que el sentido de los enunciados depende de un sistema de reglas que lo hace posible. El discurso es definido, individualizado e identificado a partir de la remisión a un sistema de formación. En palabras del propio Foucault, el discurso es “el conjunto de enunciados que provienen de un mismo sistema de formación” (Foucault, 1970, p. 181). Este “sistema de formación” es una construcción histórica y política que determina y constituye los haces de relaciones entre objetos, prácticas y posiciones que son posibles.

La teoría del discurso de Laclau & Mouffe (1987) continua y profundiza la indagación en las condiciones de posibilidad de los discursos⁵. En coherencia con el legado foucaultiano, el análisis del discurso que proponen no pretende desentrañar sentidos que yacen ocultos en las profundidades sino que aborda las condiciones discursivas de emergencia en las cuales determinados sentidos que tornan inteligibles entramados de prácticas y objetos son posibles.

2. Precisiones y diferencias: la lectura de Foucault

A esta altura, no es necesario demostrar que el golpe que asesta Foucault contra la filosofía de la representación que concebía los objetos como entidades pre-discursivas ha producido un impacto decisivo en el campo de los estudios del discurso. Como hemos dicho, uno de los giros fundamentales se produce desde el estudio de la referencia hacia el de las reglas que determinan los espacios en los cuales los objetos se constituyen como tales y se transforman. La recepción de Foucault habilita una serie de dispositivos analíticos que permiten abordar las condiciones históricas de posibilidad que hacen que en un determinado momento sólo ciertos “enunciados” sean efectivamente posibles. Esta perspectiva abandona la noción verdad como un objetivo perseguido mediante operaciones de desocultamiento y la concibe como el producto de un régimen de exclusión. La verdad implica un “orden del discurso” específico provisto de mecanismos que establecen cuáles son los enunciados verosímiles y los falsos. Al sostener que cada sociedad establece su “régimen de verdad”, el problema del correlato o la correspondencia del discurso es abandonado y el foco se coloca en las reglas de emergencia de objetos en las superficies discursivas, en los archivos, en los

dispositivos.

La afinidad de Laclau & Mouffe con el programa foucaultiano se evidencia particularmente en la preocupación ontológica que los conduce a desarrollar categorías para analizar las condiciones de posibilidad del discurso. Ahora bien, la precisión minimalista con la que Laclau & Mouffe indagan los textos de Foucault los lleva a detectar problemas irresueltos o incorrecciones (Laclau & Mouffe, 1987, p. 121; Laclau, 1993) cuyas respuestas consolidarán su propio posicionamiento teórico.

2.1. La formación discursiva y sus límites

Centrados fundamentalmente en *La arqueología del saber* (1970), Laclau & Mouffe plantean dos problemas constitutivamente relacionados: la determinación de los límites de las formaciones discursivas y la distinción entre prácticas discursivas y no discursivas (Cfr. 1987, p. 121-122). En este apartado, nos abocaremos al primer problema. El concepto de “formación discursiva” es uno de los más citados del corpus foucaultiano y, asimismo, uno de los más problemáticos⁶. El término recorre toda *La arqueología del saber* y ocupa un lugar nuclear en el proyecto arqueológico.

Ahora bien, lo que se ha descrito con el nombre de formación discursiva son en sentido estricto grupos de enunciados. Es decir, conjuntos de actuaciones verbales que no están ligadas entre sí al nivel de las *frases* por lazos gramaticales (sintácticos o semánticos); que no están ligadas entre sí, al nivel de las *proposiciones* por lazos lógicos (de coherencia formal o de encadenamientos conceptuales); que no están ligadas tampoco al nivel de las *formulaciones* por lazos psicológicos (ya sea la identidad de las formas de conciencia, la constancia de las mentalidades, o la repetición de un proyecto); pero que están ligadas al nivel de los *enunciados*. (Foucault, 1970, p. 194-195)

Lo que define la formación discursiva no es ni la regularidad sintáctica, ni semántica, ni lógica, tampoco la remisión a un sujeto que actúe como su origen. Se trata de un agrupamiento de enunciados. El término “enunciado” tiene un sentido específico en esta obra: es una proposición o una frase o un acto de habla considerada no meramente como tal sino desde el punto de vista de sus condiciones de existencia. El problema que aborda la arqueología es cómo ciertos

⁵Cabe aclarar que, siguiendo a Michel Foucault, tales condiciones de posibilidad no son pensadas en términos kantianos como invariables y ahistóricas sino sujetas al devenir de la contingencia social y política.

⁶La noción es acuñada por Foucault, como hemos dicho, en un espacio teórico distante de la semiótica y el análisis del discurso. Sin embargo, casi inmediatamente el filósofo francés Michel Pêcheux (1969) le otorga un estatuto operativo en el campo del análisis del discurso. Allí, sufre numerosas reformulaciones cuyo itinerario da cuenta de la dificultad que implicó el proceso de lectura apropiativa de esta obra por parte del campo del análisis del discurso.

enunciados concretos han existido y no otros. El análisis arqueológico no consiste en la reposición de una instancia fundadora que los unifique, sino en la puesta en relación con otros enunciados para mostrar sus correlaciones y sus exclusiones. Es importante remarcar que estas correlaciones y exclusiones no se establecen en una categorización lógica, semántica o sintáctica de los enunciados sino en las condiciones concretas de su existencia. En consecuencia, definir la formación discursiva como un grupo de enunciados

implica que se pueda definir el régimen general al que obedecen sus objetos, la forma de dispersión a que se ajusta regularmente aquello de que hablan, el sistema de sus referencias; lo cual implica que se defina el régimen general al que obedecen los diferentes modos de enunciación, la distribución posible de las situaciones subjetivas y el sistema que las define y las prescribe; lo cual implica todavía que se defina el régimen común a todos sus dominios asociados las formas de sucesión, de simultaneidad, de repetición de que son todos susceptibles, y el sistema que liga entre ellos todos esos campos de coexistencia; lo cual implica, en fin, que se pueda definir el régimen general al que está sometido el estatuto de esos enunciados, la manera en que están institucionalizados, recibidos, empleados, reutilizados, combinados entre sí, el modo según el cual se convierten en objetos de apropiación, en instrumentos para el deseo o el interés, en elementos para una estrategia. (Foucault, 1970, p. 195)

De acuerdo con esta sucesión de definiciones, la formación discursiva es una agrupación de enunciados dispersos determinada por la posibilidad de definir los “régimenes” que regulan su existencia —es decir: su conservación, su uso, su transformación o desaparición—. En otras palabras, la formación discursiva se define por la posibilidad de describir un *sistema de dispersión* a partir de un conjunto de enunciados (Foucault, 1970, p. 60). El problema que detectan Laclau & Mouffe en esta “dispersión gobernada por reglas” refiere a cómo determinar los límites de la formación discursiva. Justamente, con la expresión paradójica “sistema de dispersión”, Foucault se esfuerza por escapar a los principios unificadores y analizar los enunciados en la positividad de su existencia. Sin embargo,

⁷Los principios esenciales estructurantes que funcionan en las tradiciones que justamente Foucault disuelve en La arqueología del saber.

⁸El método arqueológico le permite a Foucault describir formaciones discursivas concretas pero no puede determinar las fronteras explica el exterior de tales formaciones que funcionaría como horizonte. Stäheli plantea que si bien Foucault propone un análisis arqueológico de los discursos positivos en su dispersión, deja sin teorizar categorías como “sistema”, “campo” y “horizonte” que permanecen como presupuestos que aluden a la noción de totalidad que Foucault quiere evitar (2008, p. 283-284).

⁹Tales relaciones entre los elementos son, en el razonamiento foucaultiano, externas a los elementos (es decir: no están predeterminadas o fundadas por propiedades esenciales e intrínsecas de los elementos) e independientes con respecto a la totalidad.

Laclau & Mouffe afirman que la pretensión foucaultiana de definir un modelo de discurso abierto capaz de reflejar la heterogeneidad lo conduce a una encrucijada teórica. El método arqueológico que analiza los enunciados en su positividad no puede ir más allá de la descripción de la dispersión de tales enunciados sin recurrir a entidades externas que se superimpongan y unifiquen la materialidad dispersa. El abandono de estas entidades ⁷ lo deja a Foucault con una noción de formación discursiva sin límites claros; es decir: con límites locales que no son constitutivos de la formación discursiva como tal (Cfr. Stäheli, 2008, p. 284). ⁸

Repasemos nuevamente el problema. En primer lugar, los términos que componen una formación discursiva determinada se encuentran en un estado de dispersión, presentan una “diversidad a veces extrema” (Foucault, 1970, p. 113), y no están regidos por ningún principio de estructuración subyacente. Entonces, ¿cómo se individualiza una formación discursiva? Foucault plantea cuatro hipótesis (Foucault, 1970, p. 50-61) que pueden resumirse con la siguiente (ya mencionada) afirmación paradójica: una formación discursiva será individualizada siempre y cuando se pueda describir el sistema de su dispersión. Describir tal sistematicidad es describir las reglas de una dispersión concreta. Es decir: medir las distancias existentes entre los elementos dispersos, captar los intersticios que los separan, describir materialmente la disposición de los elementos dispersos. Establecer un principio de unidad que permita individualizar una “formación discursiva” no es otra cosa que trazar “un juego de relaciones” (Foucault, 1970, p. 113) entre los elementos. En definitiva, para Foucault, lo que hace posible la individualización de una formación discursiva es la persistencia de relaciones entre elementos ⁹; es decir: la recurrencia, la constancia, la estabilidad de esas relaciones que le permiten describir un sistema de reglas o condiciones que regulan la disposición de los tales elementos dispersos. De este modo, Foucault despliega su análisis en la dispersión de los acontecimientos discursivos y abandona las especulaciones metafísicas acerca de los límites del sistema y su exterioridad.

Tal como hemos anticipado, Laclau & Mouffe plantean que esta vocación por la dispersión de positividades que reina en *La arqueología del saber* pierde de vista la regularidad y, por lo tanto, deja sin resolver el problema de la identidad y las fronteras de las formaciones discursivas. De acuerdo con esta lectura, el

análisis arqueológico de la disposición de los elementos dispersos no permite establecer los límites de un sistema. Foucault no recurre a una noción de formación que se “sobreimponga” a la positividad dispersa de discursos —ya que entraría en una rotunda contradicción con sus propios postulados metodológicos— pero tampoco advierte en estos materiales arqueológicos la existencia de “lógicas” que produzcan los “efectos de totalidad capaces de construir los límites y, por tanto, de constituir la formación” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 123, nota 13). La celebración foucaultiana de la dispersión no resuelve el problema de la sistematicidad de la formación discursiva y, en consecuencia, no puede precisar su exterioridad. Más adelante, nos detendremos en las posibilidades que les brinda a Laclau & Mouffe este problema irresuelto de *La arqueología del saber*. Antes de ello, referiremos brevemente a la discrepancia de estos autores con la separación que plantea Foucault entre prácticas discursivas y no discursivas.

2.2. Discurso y no discurso

Laclau & Mouffe rechazan enfáticamente la distinción que plantea Foucault entre prácticas discursivas y no discursivas (cfr. Laclau & Mouffe, 1987, p. 121). De acuerdo con la lectura de estos autores, tal distinción constituye una de las “incorrecciones” centrales de *La arqueología del saber* cuya consecuencia es la caída en un dualismo que no permite una formulación teórica de las relaciones entre ambas dimensiones. Consideramos que para comprender los alcances de esta crítica en el marco de una teoría de los discursos es necesario reconstruir la propuesta de Foucault y detenernos en las precisiones de Laclau & Mouffe.

La separación entre lo discursivo y lo no-discursivo constituye uno de los aspectos más intrincados de *La arqueología del saber*. Una de las pretensiones del proyecto arqueológico era justamente derribar las concepciones deterministas del discurso de una larga tradición que ha sedimentado esta separación. En este sentido, tal como hemos visto, Foucault subraya que no hay una forma general que determine las relaciones entre una formación discursiva y acontecimientos externos que podrían funcionar o bien como la totalidad, o bien como realidad material subyacente, o bien como la causa o fundamento de tal formación discursiva. Para Foucault, no hay tal relación de determinación entre un ámbito de la realidad material y un ámbito de lo discursivo. Sin embargo, tampoco considera que todo sea discurso sino que formula la distinción que aquí nos ocupa.

A lo largo de *La arqueología del saber*, lo no discursivo

aparece formulado bajo dos modalidades. Por un lado, como “dominios no discursivos” compuestos de “instituciones, acontecimientos políticos, prácticas y procesos económicos” (Foucault, 1970, p. 272); y como “prácticas no discursivas” que estarían vinculadas a esos dominios¹⁰. Por otro lado, cuando aborda la “formación de los objetos” (Foucault, 1970, p. 65-81) establece una distinción entre relaciones “primarias o reales” y relaciones “secundarias o reflexivas”. Las relaciones secundarias tienen lugar al interior de un discurso; es decir: en lo que efectivamente ha sido dicho (Foucault, 1970, p. 74-75)¹¹. Mientras que las relaciones primarias se encuentran en un nivel heterogéneo al discurso:

las relaciones que se podría llamar "primarias" y que, independiente de todo discurso o de todo objeto de discurso, pueden ser descritas entre instituciones, técnicas, formas sociales, etc. (Foucault, 1970, p. 74)

Cabe aclarar que esta distinción no establece ninguna relación de causalidad, dependencia, reproducción, expresión o determinación entre ambos tipos de relaciones. En este punto, Foucault remarca que las reglas de formación de los objetos no se encuentran determinadas por ninguna forma general que preceda y fundamente las relaciones.

Volviendo al problema que nos ocupa, tanto las nociones de dominios y prácticas no discursivos como la noción de relaciones primarias o reales permitirían ubicar lo no discursivo por fuera del orden de lo dicho o verbalizado. Al etiquetar las instituciones, las técnicas y los procesos económicos como no discursivos, se establece una distinción que apela al orden del lenguaje. Es decir que lo discursivo y lo no discursivo corresponderían a dos tipos de materialidades diferentes: lingüística y no lingüística. El caso que más claramente patentiza esta separación lo constituye la conceptualización de las “relaciones primarias” como “relaciones que se pueden analizar en sus propios términos” (Foucault, 1970, p. 74). Con esta afirmación, Foucault estaría sosteniendo la existencia de relaciones independientes de toda discursividad que pueden ser analizadas en sí mismas.

Laclau & Mouffe no plantean que con esta operación teórica Foucault caiga en un determinismo extradiscursivo, sino que, por el contrario, reconocen en el proyecto arqueológico un abandono de formas generales que determinen a priori las relaciones entre los elementos. El problema que detectan precisamente se deriva de la combinación de tal ausencia de determinismo con la separación entre dimensiones discursivas

¹⁰ “[...] el sistema de formación del análisis de las riquezas estaba unido a gran número de condiciones y de prácticas no discursivas (circulación de las mercancías, manipulaciones monetarias con sus efectos, sistema de protección del comercio y de las manufacturas, oscilaciones en la cantidad de metal amonedado).” (Foucault, 1970, p. 294)

¹¹ “relaciones secundarias [...] lo que, por ejemplo, los psiquiatras del siglo XIX han podido **decir** sobre las relaciones entre la familia y la criminalidad” (Foucault, 1970, p. 74-75) (el resaltado es nuestro).

y no discursivas. La separación foucaultiana limita las funciones articulatorias del lenguaje a la dimensión discursiva excluyendo, en consecuencia, la no discursiva. Foucault, como hemos dicho, postula que los complejos no discursivos “pueden” analizarse en sí mismos (Cfr. Foucault, 1970, p. 74) pero no ofrece las herramientas conceptuales para hacerlo. Los elementos no discursivos se disponen en una relación de exterioridad con los discursos, de modo que pueden formar parte de los contextos de formulación de las formaciones discursivas, pueden rodearlas y servirles de elemento general (cfr. Foucault, 1970, p. 263). El sistema de elementos dispersos que Foucault denomina formación discursiva opera en la dimensión discursiva. Esto significa que sus operaciones articulatorias se hallan imposibilitadas de establecer relaciones con los conjuntos de elementos que caen bajo la rúbrica de lo no discursivo. Para Laclau & Mouffe, esta separación impide un análisis discursivo capaz de establecer articulaciones que trasciendan la clásica división entre lo lingüístico y lo no lingüístico. En definitiva, la lógica del sistema de dispersión del proyecto arqueológico no permite la articulación de unidades discursivas cuya regularidad vaya más allá de la frontera material entre lo lingüístico y lo no lingüístico.

3. Las respuestas de Laclau & Mouffe

A partir de la lectura de Foucault en un marco de referencias teóricas postestructuralistas ¹², Laclau & Mouffe han procurado superar las ambigüedades de *La arqueología del saber* cancelando la distinción discurso / no discurso y ubicando en el núcleo de su teoría la relación de lo discursivo con su exterior.

3.1. El rechazo de lo no discursivo

El concepto de discurso que proponen Laclau & Mouffe supone el rechazo tanto de la distinción discursivo / no discursivo como la distinción entre aspectos lingüísticos y aspectos prácticos o de acción (Cfr. Laclau & Mouffe, 1987, p. 121). Para estos autores, tanto los objetos como las prácticas sociales son significativamente constituidos, es decir que su existencia en un entramado de relaciones sociales necesariamente los carga con sentidos que los hacen inteligibles. De acuerdo con esto, todos los objetos y las prácticas que podemos conocer son discursivos ya que su significado depende de un sistema de reglas y diferencias significantes socialmente construido. Esta postura no niega la existencia de hechos exteriores a la discursividad, simplemente niega la posibilidad de su constitución como objetos socialmente inteligibles por fuera de horizonte discursivo.

El hecho de que todo objeto se constituya como objeto de discurso no tiene nada que ver con la cuestión acerca de un mundo exterior al pensamiento, ni con la alternativa realismo/ idealismo. Un terremoto o la caída de un ladrillo son hechos perfectamente existentes en el sentido de que ocurren aquí y ahora, independientemente de mi voluntad. Pero el hecho de que su especificidad como objetos se construya en términos de “fenómenos naturales” o de “expresión de la ira de Dios”, depende de la estructuración de un campo discursivo. Lo que se niega no es la existencia, externa al pensamiento, de dichos objetos, sino la afirmación de que ellos puedan constituirse como objetos al margen de toda condición discursiva de emergencia. (Laclau & Mouffe, 1987, p. 123)

El argumento de Laclau & Mouffe cancela la dimensión teórica de lo no discursivo ya que “el ser” de las cosas se halla determinado por las estructuras de la discursividad. En este sentido, los objetos físicos, o las relaciones primarias que mencionaba Foucault, no poseen significado en sí mismos y, en consecuencia, cualquier tentativa que procure conceptualizarlos en la exterioridad del horizonte discursivo cae necesariamente en una contradicción lógica. Existen cosas y hechos en el mundo exterior, fuera de la mente y con independencia de la voluntad humana, pero su constitución como objetos pensables y aprehensibles depende de las funciones específicas que cumplen en un sistema de lenguaje. Sin embargo, esto no significa que la naturaleza de esa objetividad discursiva sea exclusivamente lingüística, para Laclau & Mouffe el lenguaje y las acciones están entrelazadas de manera inescindible en una totalidad. Para sostener este argumento, los autores recurren a la noción de unidad constituida por el entramado de relaciones de elementos lingüísticos con elementos no lingüísticos que Wittgenstein plantea con el nombre de “juego de lenguaje”.

Está claro que las propiedades materiales mismas de los objetos forman parte aquí de lo que Wittgenstein

llama «juego de lenguaje», que es un caso de lo que hemos llamado discurso. Lo que constituye una posición diferencial y, por tanto, una identidad relacional con ciertos elementos lingüísticos, no es la «idea» de piedra o de losa, sino la piedra y la losa en cuanto tales. (La conexión con la idea de piedra no ha sido suficiente, hasta donde sepamos, para construir ningún edificio.) Los elementos lingüísticos y no lingüísticos no están meramente

¹²Habría que agregar “y lacaneanas” si se pensara —como Zizek, por ejemplo— que la obra de Lacan no debe ser considerada postestructuralista.

yuxtapuestos, sino que constituyen un sistema diferencial y estructurado de posiciones — es decir, un discurso. (Laclau & Mouffe, Laclau 1987, p. 125)

Los discursos son totalidades estructuradas por prácticas de articulación que no se reducen a lo lingüístico sino que atraviesa todo el espesor material de la realidad social. En este sentido, Laclau & Mouffe se oponen a ciertas tradiciones de la teoría social y plantean que las prácticas discursivas no constituyen una región de las relaciones sociales. Lo discursivo y lo social no son dos esferas distintas, ya que la propia realidad de lo social es ontológicamente discursiva.

4. El problema de los límites o el afuera que permanece adentro

Uno de los problemas centrales que Laclau & Mouffe marcaron en su lectura de *La arqueología del saber* refería a la dificultad para establecer los límites de las formaciones discursivas. La respuesta que dejaba entrever la crítica desarrollada indicaba que tales límites debían ser pensados como efectos del funcionamiento de lógicas propias de los materiales que constituyen la formación (Cfr. Laclau & Mouffe, Laclau 1987, p. 123, nota 15). Para desplegar este argumento, Laclau & Mouffe se apartan de los fundamentos teóricos de la arqueología foucaultiana y abrevan en conceptos nucleares de la lingüística mediados por la impronta deconstructiva del posestructuralismo.

La lectura que realizan del estructuralismo saussureano plantea que la noción de un sistema que determina el valor de los elementos que lo componen según las relaciones de oposición no permite ni la contingencia ni la articulación. Esto significa que si bien no hay positividad en los elementos, ya que el valor de cada término es definido por contraste con el valor de otro término, el sistema ellos constituyen es una estructura cerrada y positiva que determina plenamente las relaciones. Con el objeto de evitar tal noción de totalidad fundada en las relaciones necesarias entre sus componentes, Laclau & Mouffe deconstruyen los postulados del programa estructuralista y proponen otra formulación:

llamaremos articulación a toda práctica que establece una relación tal entre elementos, que la identidad de éstos resulta modificada como resultado de esa práctica. A la totalidad estructurada resultante de la práctica articuladora la llamaremos discurso. Llamaremos momentos a las posiciones diferenciales, en tanto aparecen articuladas en el interior de un discurso. Llamaremos, por el contrario, elemento a toda diferencia que no se articula discursivamente. (Laclau & Mouffe, 1987, p. 119)

De acuerdo con este vocabulario, el sistema estructuralista obtura la posibilidad de toda práctica articuladora, ya que se trata de una totalidad cerrada y plenamente constituida donde todos sus “elementos” han devenido necesariamente “momentos”. En cambio, en la noción de totalidad estructurada que ellos proponen, la transición de los “elementos” a los “momentos” nunca es total ni permanente. La práctica articuladora que constituye las totalidades discursivas tiene por objeto fijar el sentido, es decir, detener el flujo contingente de los elementos; sin embargo, esa tarea nunca podrá ser realizada completamente. Tal imposibilidad se encuentra fundada en el inevitable fracaso de la lógica relacional del discurso, ya que se encuentra expuesto a un exterior que lo limita (Cfr. Laclau & Mouffe, 1987, p. 126-127).

La noción de exterior que introducen Laclau & Mouffe en este momento de la argumentación no se refiere a lo no discursivo, sino precisamente a un exterior constituido por otros discursos.

Es la naturaleza discursiva de este exterior la que crea las condiciones de vulnerabilidad de todo discurso, ya que nada lo protege finalmente de la deformación y desestabilización de su sistema de diferencias por parte de otras articulaciones discursivas que actúan desde fuera de él. (Laclau & Mouffe, 1987, p. 127, nota 20)

Este exterior discursivo introduce la contingencia en una estructura sostenida por una lógica de relaciones de necesidad que, en consecuencia, permanece siempre incompleta. Mediante esta noción de exterioridad, Laclau & Mouffe responden al problema de los límites de las formaciones discursivas que habían detectado en la arqueología foucaultiana. De este modo, sostienen que la delimitación de una formación discursiva, como de cualquier sistema, implica necesariamente la sustracción de un exterior que la niega. Esta lógica inspirada en los aportes de Jaques Derrida (1988) plantea que para establecer los límites de un sistema constituido por diferencias es necesario postular un exterior cuya relación con el sistema no sea la de una mera diferencia más, ya que esta propiedad no alcanzaría para ubicarlo por fuera del sistema, sino que deberá tratarse de una diferencia radical que exceda los parámetros que establecen las diferencias del sistema. Ahora bien, ¿en qué consiste esa radicalidad de la diferencia? ¿Cómo es posible establecer esa clasificación entre diferencias? Este planteo sostiene que la radicalidad que hace exterior a una diferencia consiste en que amenaza las diferencias constitutivas del sistema. Esto es así porque el sistema como tal ha sido constituido mediante el acto de exclusión de una exterioridad radical (Laclau, 1996, p. 82). Entonces, la diferencia radical que amenaza y niega la identidad

del sistema es, al mismo tiempo, su condición de posibilidad. Los propios límites de cada unidad positiva — esto es: sistema, totalidad, formación discursiva — son amenazados por su exterioridad y es justamente esta amenaza o negación lo que los hace posible. (Cfr. Laclau, 1996, p. 72-74; Derrida, 1988; Staten, 1984, p. 18-19)

Cuando Laclau & Mouffe detallaban el problema de los límites de la formación discursiva en *La arqueología del saber*, sugerían como tesis la posibilidad de identificar lógicas internas que produzcan los efectos de totalidad y que, por lo tanto, construyan los límites de la formación discursiva. Específicamente, Laclau & Mouffe utilizan el término “lógicas de equivalencia” (Laclau & Mouffe, 1987, p. 123, nota 15) para nombrar las cadenas de relaciones que se establecen entre los elementos fundadas en la relación con una exterioridad. De acuerdo con esta lógica, la relación de equivalencia entre los elementos requiere su diferencia pero al mismo tiempo la subvierte estableciendo una relación que implica igualdad. Esto significa que la lógica de equivalencia anula las diferencias constitutivas del sistema al utilizarlas para expresar algo idéntico que permanece en todas ellas. Tal identidad consiste en una referencia común a algo exterior que no se constituye como una positividad sino como una radical amenaza a la unidad de la formación discursiva (Laclau & Mouffe, 1987, p. 148-149). Así, las relaciones de equivalencia entre los propios elementos de una formación discursiva constituyen los límites contra aquello que no es y que amenaza su existencia pero que, al mismo tiempo, la hace posible. Con este argumento, Laclau & Mouffe indican que no es necesario recurrir a principios esenciales subyacentes ni a determinaciones extradiscursivas para establecer los límites de las formaciones discursivas, ya que estos se encuentran trazados en la lógica de equivalencia que recorre sus elementos.

5. Cierre

Las líneas argumentativas exploradas de la lectura que realizan Laclau & Mouffe de *La arqueología del saber* citan una vez más los repetidos problemas de una vasta tradición de indagaciones que (podríamos decir) se ha institucionalizado con el nombre semiótica. ¿Todo es discurso? ¿Hay algo más allá del discurso? ¿Se puede conocer lo no discursivo? ¿Qué determina al discurso? Son preguntas cuya repetición incesante ha consolidado un repertorio de perspectivas y proyectos teóricos heterogéneos.

El enfoque que hemos abordado se posiciona en el marco del posestructuralismo y articula respuestas con respecto a tales interrogantes que han adquirido una notable pregnancia en el campo de las ciencias sociales y humanas. La lectura analítica del proyecto arqueológico desde ese marco permite esclarecer ca-

tegorías, precisar posiciones teóricas y articular una teoría del discurso de gran productividad.

Consideramos que *La arqueología del saber* constituye una obra fundacional en el campo de la semiótica, ya que ha habilitado un horizonte de indagación y ha aportado un conjunto de herramientas para pensar la discursividad. Como ya hemos afirmado, se trata de una obra sumamente compleja que, sin embargo (o tal vez por esa razón), ha gozado de una recepción proliferante y diversa. En muchos casos, ha sido leída y aplicada con poca rigurosidad, lindando, a veces, con la vulgarización de sus categorías. Por esta razón, sostenemos que la lectura de Laclau & Mouffe constituye un verdadero aporte para volver la mirada sobre los supuestos epistemológicos y ontológicos que implica nuestro trabajo con lo discursivo. ●

Referências

- Amorós, Celia
2000. *Feminismo y filosofía*. Madrid: Editorial Síntesis.
- Angenot, Marc
1989. *1889: Un état du discours social*. Montreal: Le Préambule.
- Arnoux, Elvira
2006. *Análisis del discurso*. Modos de abordar materiales de archivo. Buenos Aires: Santiago Arcos Editor.
- Benhabib, Seyla (ed.).
1995. *Feminist contentions: A philosophical exchange*. London: Routledge.
- Braidotti, Rosi
2005. *Metamorfosis*. Hacia una teoría materialista del devenir. Madrid: Akal.
- Butler, Judith
2001. Fundamentos contingentes. El feminismo y la cuestión del “posmodernismo”. Traducción de Moisés Silva. *Revista de Estudios de Género La ventana*, México: Universidad de Guadalajara, Semestral, ISSN: 1405-9436, nº 3, p. 7-41.
- Butler, Judith
2002. *Cuerpos que importan*. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”. Traducción de Alcira Bixio. Buenos Aires: Paidós.
- Derrida, Jacques
1988. *Márgenes de la filosofía*. Traducción de C. González Martín. Madrid: Cátedra.
- Dreyfus, Hubert; Rabinow, Paul
1988. *Michel Foucault*. Más allá del estructuralismo

- y la hermenéutica. Traducción de Corina de Iturbe. México D. F.: Universidad Autónoma de México.
- Foucault, Michel
1970. *La arqueología del saber*. Traducción de Aurelio Garzón del Camino. México: Siglo XXI editores.
- Grosz, Elizabeth
1995. *Space, time, and perversion*. Essays on the politics of bodies. New York: Routledge.
- Laclau, Ernesto; Mouffe, Chantal
1987. *Hegemonía y estrategia socialista*. Madrid: Siglo XXI.
- Laclau, Ernesto
1993. Discourse. In: Goodin, Robert; Philip, Pettit (Eds.): *The Blackwell Companion to Contemporary Political Thought*. Australia: The Australian National University, p. 7-18.
- Laclau, Ernesto
1996. *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- Margariños de Morentin, Juan
2008. *La semiótica de los bordes*. Apuntes de metodología semiótica. Córdoba: Editorial Comunicarte.
- Nigianni, Chrysanthi; Storr, Merl (Comps.)
2009. *Deleuze and queer theory*. Edinburgh: Edinburgh University Press.
- Pêcheux, Michel
1969. *Analyse automatique du discours*. Paris: Dunod.
- Staten, Henry
1984. *Wittgenstein and Derrida*. Lincoln: University of Nebraska Press.
- Stäheli, Urs
2008. *Figuras rivales del límite*. Dispersión, transgresión, antagonismo, indiferencia. In: Critchley, Simon; Marchart, Oliver (comps.), *Laclau. Aproximaciones críticas a su obra*. Traducción de Teresa Arjón. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, p. 281-298.
- Verón, Eliseo
1998. *La semiosis social*. Fragmentos de una teoría de la discursividad. Madrid: Gedisa.

Dados para indexação em língua estrangeira

Boccardi, Facundo

Sur les bords du discours: une (re)lecture sémiotique de *L'Archéologie du savoir*

Estudos Semióticos, vol. 9, n. 1 (julho de 2013)

ISSN 1980-4016

Résumé: Cet article effectue un retour à *L'archéologie du savoir* (1970) de Michel Foucault pour enquêter sur un problème encore en vigueur dans le domaine des études sémiotiques : les limites du discours. Pour ce faire, nous utiliserons comme outils théoriques les apports de la puissante lecture poststructuraliste déployée par Ernesto Laclau et Chantal Mouffe dans *Hégémonie et stratégie socialiste* (1987). Ainsi, nous examinons les arguments sémiotiques avec lesquels ces auteurs soutiennent leur théorie par une opération de lecture spécifique et détaillée du texte foucauldien. Les composantes de *L'archéologie du savoir* qui font actuellement partie de la tradition sémiotique sont analysées en détail dans leur formulation initiale, afin de reconstruire les opérations de délimitation du discours appliquées par Foucault et afin d'évaluer tous les effets qu'elles produisent pour la théorie du discours. Dans cette analyse, les termes qui constituent ce que l'on appelle la « méthode archéologique », bien qu'ils possèdent une grande pertinence dans leur dimension formelle, ne sont pas radicalement abstraits de la performance par la tradition foucauldienne. Dès lors, l'examen de la lecture proposée par Ernesto Laclau et Chantal Mouffe permet la production d'une série de questions productives pour le champ de la sémiotique en amenant au premier plan les stratégies analytiques qui permettent de contourner les positions déterministes dans le domaine des théories de la discursivité. Par conséquent, ce retour à l'un des textes fondateurs de Foucault cherche à faire progresser la compréhension d'un problème complexe en évitant le réductionnisme et les fermetures du sens.

Mots-clés: discours, non-discours, formation discursive, extérieur constitutif

Como citar este artigo

Boccardi, Facundo. Acerca de los contornos de la discursividad Una (re)lectura semiótica de *La Arqueología del saber*. *Estudos Semióticos*. [on-line] Disponível em: (<http://revistas.usp.br/esse>). Editores Responsáveis: Ivã Carlos Lopes e José Américo Bezerra Saraiva. Volume 9, Número 1, São Paulo, Julho de 2013, p. 80-89. Acesso em "dia/mês/ano".

Data de recebimento do artigo: 29/novembro/2012

Data de sua aprovação: 26/março/2013
